

ALFAGUARA



John Banville

Eclipse

Traducción de Damià Alou

Al principio era una forma. O ni siquiera eso. Un peso, un peso extra; un lastre. Lo sentí el primer día, en medio del campo. Era como si alguien se hubiera puesto a caminar en silencio a mi lado, o mejor dicho, dentro de mí, alguien que era otra persona, aunque me resultara familiar. Estaba acostumbrado a representar personajes, pero aquello..., aquello era distinto. Me detuve, atónito, azotado por ese frío infernal que he llegado a conocer tan bien, ese frío paradisíaco. Entonces el aire pareció adensarse levemente, una momentánea oclusión de la luz, como si algo se hubiera interpuesto ante el sol, un muchacho con alas, quizás, un ángel caído. Era abril: pájaros y maleza, el destello plateado de la lluvia, el cielo inmenso, las nubes glaciales en su inmenso avance. Imaginadme allí, alguien que ve fantasmas, a mis cincuenta años, asaltado de pronto en medio del mundo. Estaba asustado, y ya podía estarlo. Imaginaba aquellos pesares; aquellas euforias.

Volví la cabeza y contemplé la casa, y vi una forma que resultó ser mi mujer, de pie junto a la ventana de lo que antaño fue el dormitorio de mi madre. Estaba inmóvil, miraba en dirección a donde yo estaba, aunque no a mí directamente. ¿Qué veía? ¿Qué estaba viendo? Por un momento me sentí poca cosa, un accidente en aquella mirada, como si me dieran, por así decir, un golpe de refilón o me lanzaran un beso despectivo. La luz del día que se reflejaba en el cristal hacía que la imagen de la ventana titilara y se moviera; ¿era ella o solo una sombra con forma de mujer? Eché a andar sobre el suelo desigual, volviendo sobre mis pasos, con ese otro, mi invasor, que caminaba

a paso firme a mi lado, como un caballero en su armadura. El sendero era traidor. La hierba se aferraba a mis tobillos y había agujeros en el suelo, bajo la hierba, hollados por las pezuñas de ganado inmemorial cuando las afueras de esta población eran campo abierto; eso me haría tropezar, quizás rompería uno de los muchos y delicados huesos que dicen que hay en el pie. Un arrebato de pánico se apoderó de mí como una náusea. ¿Cómo, me pregunté, puedo quedarme aquí? ¿Cómo se me puede haber ocurrido que podía quedarme aquí, totalmente solo? Bueno, era demasiado tarde; tendría que llegar hasta el final. Eso es lo que dije para mis adentros, y en voz alta exclamé: «Ahora tendré que llegar hasta el final». Entonces me llegó el tenue hedor salado del mar y me estremecí.

Le pregunté a Lydia qué había estado mirando.

—¿El qué? —dijo—. ¿Cuándo?

Hice un gesto.

—Desde la ventana, arriba; me estabas mirando.

Me lanzó una de esas miradas tristes que acostumbraba a dedicarme últimamente, bajó y hundió la barbilla, como si estuviera tragando algo. Dijo que no había subido al piso de arriba. Permanecimos un momento en silencio.

—¿No tienes frío? —dije—. Estoy helado.

—Siempre estás helado.

—Esta noche he soñado que era un niño y volvía a estar aquí.

—Naturalmente; nunca te has ido de aquí, eso es evidente.

A mi Lydia siempre se le ha dado muy bien el pareado.

La casa misma ejercía una atracción sobre mí, me enviaba sus alguaciles secretos para pedirme que volviera al... *hogar*, iba a decir. Un día de invierno, en el crepúsculo, iba por la carretera, y un animal apareció delante del

coche, encogido y sin embargo sin aparentar miedo; mostraba unos dientes afilados y sus ojos centelleaban al brillo de los faros. Me detuve de manera instintiva antes de comprender lo que era, y me quedé allí, aterrado, oliendo los vapores mefíticos del humo del neumático y escuchando mi propia sangre percutiéndome en los oídos. El animal hizo un movimiento como para huir, pero volvió a quedarse quieto. Había tal fiereza en su mirada, unos ojos eléctricos de un irreal rojo neón. ¿Qué era? ¿Una comadreja? ¿Un hurón? No, demasiado grande, pero demasiado pequeño para ser un zorro o un perro. No era más que un animal desconocido y salvaje. A continuación echó a correr, pareció que no tuviera piernas, y desapareció en silencio. Mi corazón aún latía con fuerza. Los árboles se inclinaban hacia ambos lados de la carretera, recortándose en un marrón negruzco contra los últimos y tenues rayos del sol. Durante kilómetros había viajado en una especie de duermevela y ahora pensaba que me había perdido. Quería dar media vuelta y volver por donde había venido, pero algo no me lo permitía. Algo. Apagué los faros, salí del coche y permanecí perplejo en la carretera, en aquella húmeda semioscuridad que me rodeaba y me hacía formar parte de ella. Desde aquel altozano de escasa altura, la tierra en penumbra que había delante de mí se convertía en sombras y bruma. Un pájaro que no vi, posado en una rama, sobre mí, emitió un cauto graznido, una lámina de hielo situada al borde de la carretera se partió como cristal al pisarla. Suspiré, y por un instante la respiración se materializó en un copo ectoplásmico delante de mí, como una segunda cara. Avancé hacia la cima del altozano y entonces vi el pueblo, el tenue resplandor de sus escasas luces, y, más allá, el resplandor aún más tenue del mar, y supe adónde había llegado sin darme cuenta. Regresé al coche, me puse al volante y subí de nuevo hasta la cima, y una vez allí apagué el motor y las luces y dejé que el coche descendiera por su propia inercia, en silencio, entre sacudidas,

casi en un sueño, y me detuve en la plaza, ante la casa que estaba a oscuras, desierta, todas las ventanas sin luz. Todas, todas sin luz.

Ahora que estamos juntos al lado de estas mismas ventanas, intento hablarle a mi mujer del sueño. Le había pedido que viniera conmigo a echarle un vistazo a la vieja casa, había dicho yo, percibiendo en mi voz un tono engatusador, para ver, dije, si pensaba que podría volver a ser habitable, si un hombre podría habitarla solo. Ella se había reído. «¿Así es como crees que vas a curarte de lo que te pasa, sea lo que sea —dijo—, echando a correr como un niño que tiene miedo y quiere volver con su mamá?». Dijo que mi madre se echaría a reír en su tumba. No lo creo. En vida tampoco fue una mujer que soliera dar grandes muestras de alegría. *Las carcajadas siempre acaban en llanto*, era uno de sus dichos. Mientras yo le relataba mi sueño, Lydia escuchaba impaciente, observando el tumultuoso cielo de abril sobre los campos, hecha un ovillo para protegerse del aire húmedo de la casa, las aletas de la nariz blancas mientras reprimía un bostezo. En el sueño era la mañana de Pascua de Resurrección, y yo un niño que estaba en la entrada de la casa, contemplando la plaza, donde había llovido recientemente y ahora brillaba un sol cegador. Revoloteaban los pájaros, una brisa agitaba los cerezos, ya en flor, que temblaban intuyendo la primavera. Sentía el frío de la intemperie en la cara, desde el interior de la casa alcanzaba a oler los aromas de la mañana de un día de fiesta: sábanas que huelen a cerrado, el humo del té, las ascuas calcinadas del fuego de la noche anterior, y una fragancia característica de mi madre, un perfume o un jabón, penetrante con un matiz de bosque. Todo esto en el sueño, muy claro. Y estaban los regalos de Pascua, y mientras me hallaba en la puerta había un palpable brillo de felicidad detrás de mí, en las profundidades de la casa:

huevos que mi madre, en el sueño, había vaciado y llenado de chocolate —que era otro olor, ese olor a cerrado del chocolate fundido— y un pollo de plástico amarillo.

—¿Un qué? —dijo Lydia con un bufido que fue casi una carcajada—. ¿Un pollo?

Sí, dije categóricamente, un pollo de plástico que estaba de pie sobre unas piernas larguiruchas y que cuando le apretabas la espalda ponía un huevo de plástico. En el sueño lo veía, veía la carúncula modelada, el pico romo, y oía el chasquido del resorte cuando se soltaba dentro del ave y el huevo amarillo recorría el canal y caía bamboleándose sobre la mesa. Cuando el huevo salía, el pollo agitaba las alas con un sonido rítmico. El huevo estaba compuesto de dos mitades huecas y pegadas sin que acabaran de coincidir las junturas, y con las puntas soñadas de mis dedos palpaba los afilados bordes de cada lado. Lydia me miraba con una sonrisa irónica y desdenosa, no carente de afecto.

—¿Y cómo volvía a entrar? —preguntó.

—¿El qué? —últimamente se me hacía difícil entender las cosas más simples, como si la gente me hablara en un lenguaje incomprensible; conocía las palabras, pero juntas no les encontraba sentido.

—¿Cómo volvías a meter el huevo en el pollo —dijo— para que volviera a salir? En el sueño.

—No lo sé. Simplemente... empujando, supongo.

Ahora sí que soltó una repentina carcajada.

—Bueno, no sé qué diría el doctor Freud.

Suspiré enfadado.

—No todo está... —suspiro—. No todo... —renuncié a mi intento de hablar. Aún me contemplaba con una cariñosa mirada de menosprecio.

—Ah, sí —dijo—. A veces un pollo es solo un pollo..., menos cuando es una gallina.

Ahora los dos estábamos enfadados. Ella no entendía por qué yo había querido volver allí. Decía que era algo

morboso. Decía que debería haber vendido la casa hacía años, cuando mi madre murió. Permanecí en un silencio huraño, sin defenderme; tampoco tenía defensa alguna. ¿Cómo podía explicarle las señales, las llamadas que había recibido aquel día de invierno en la carretera, durante el crepúsculo, si ni siquiera podía explicármelas a mí mismo? Ella estaba a la expectativa, aún mirándome, hasta que se encogió de hombros y volvió junto a la ventana. Es una mujer hermosa, de hombros anchos. Un amplio penacho plateado le surge en la sien derecha a través de su tupido pelo negro, una asombrosa llama plateada. Le gusta llevar chales y pañuelos al cuello, anillos, brazaletes, cosas que centellean y tintinean; la imagino como una princesa del desierto, caminando a grandes zancadas en medio de un mar de arena. Es tan alta como yo, aunque creo recordar una época en que yo le llevaba un buen palmo. Puede que me haya encogido, no me sorprendería. No hay duda de que la desdicha marchita.

—Hay algo que tiene que ver con el futuro —dije—. En el sueño —solo con que pudiera transmitirle la viva y poderosa sensación de estar allí, esa densa cualidad del sueño que todo lo invade, sus detalles, tan tremendamente familiares; y yo estoy y no estoy presente. Asentí frunciendo el ceño, manso como un perro—. Sí —dije—. Estoy de pie en la puerta, al sol, esa mañana de Domingo de Resurrección, y de alguna manera es el futuro.

—¿Qué puerta?

—¿Qué? —me encogí de hombros, uno me quedó más bajo—. Aquí, por supuesto —dije, asintiendo, desconcertado, con seguridad—. Sí, la puerta principal de esta casa.

Me miró y alzó las cejas, inclinando levemente hacia atrás la cabeza, de huesos grandes, y hundiendo las manos en las profundidades de su enorme chaqueta.

—A mí me parece más bien el pasado —dijo, perdiendo el poco interés que pudiera tener en la conversación.

El pasado o el futuro, sí, podría haber dicho yo..., pero ¿de quién?

Mi nombre es Cleave, Alexander Cleave, me llaman Alex. Sí, ese Alex Cleave. Os acordaréis de mi cara quizás, de esos famosos ojos cuyo destello de fuego llegaba hasta las últimas filas de la platea. A mis cincuenta años aún soy, pensándolo bien, un hombre apuesto, aunque mis facciones estén un tanto demacradas y desdibujadas. Pensad en vuestro Hamlet ideal, y ese soy yo: el pelo rubio y lacio —ahora un tanto entrecano—, los ojos de un azul claro, transparente, unos pómulos nórdicos, y esa mandíbula prominente, sensible, aunque insinuando abismos de una refinada brutalidad. Menciono la cuestión solo porque me pregunto hasta qué punto mi histriónico aspecto podría explicar la indulgencia, la ternura, el inquebrantable y en gran medida inmerecido cariño que me han demostrado las muchas —bueno, no *muchas*, no lo que incluso el fidelísimo Leporello llamaría *muchas*— mujeres que se han visto atraídas a la órbita de mi vida a lo largo de los años. Han cuidado de mí, me han apoyado; por precipitado que fuera a veces mi comportamiento, siempre han procurado evitar mi caída. ¿Qué ven en mí? ¿Hay algo que ver en mí? A lo mejor solo ven la superficie. Cuando yo era joven, a veces se decía de mí que no era más que un guaperas. Eso era injusto. Ciertamente yo podía, como digo, ser el héroe de pelo rubio cuando la ocasión lo requería, pero se me daba mejor interpretar a personajes sombríos, introvertidos, esos que no parecen formar parte del reparto, sino que se dirían traídos de la calle para dar verosimilitud a la trama. Mi especialidad era la amenaza, eso se me daba bien. Si se precisaba un envenenador o un vengador vestido con brocados, ahí estaba yo. Incluso en los papeles más alegres, el memo tocado con un canotier o el ingenioso que se empapa de cócteles, yo proyectaba un algo amenazador e inquietante que acallaba incluso a las encan-

tadoras viejecitas de la fila de delante que no se habían quitado el sombrero y las hacía apretar con más fuerza su bolsa de caramelos. También podía interpretar papeles de hombre corpulento; a veces, cuando la gente me veía entrar por la puerta de los actores, se asombraban al ver, en lo que ellos llaman la vida real, no al peso pesado desgarbado y greñudo que esperaban, sino a una persona esbelta y ágil que camina con cauto paso de bailarín. Lo había estudiado bien, ya veis, había observado a los hombres corpulentos y comprendido que lo que los define no son los músculos ni la fuerza, sino una esencial vulnerabilidad. Los tipos pequeñajos son todo empuje y dominio de sí mismos, mientras que los grandotes, si tienen un aspecto presentable, desprenden un atractivo que es mezcla de confusión, extravío, angustia, incluso. Suelen dar menos golpes de los que reciben. Nadie se mueve con más delicadeza que el gigante, aunque es siempre él quien acaba aplastando la judía que sube hasta el cielo o al que le sacan un ojo con un hierro candente. Todo esto lo aprendí, y aprendí a actuar. Fue uno de los secretos de mi éxito, en el escenario y fuera de él, el ser capaz de fingir una corpulencia que no tenía. Y serenidad, el aparentar una absoluta serenidad incluso en medio del caos, ese fue otro de mis trucos. Eso era lo que los críticos intuían cuando hablaban de mi asombroso Yago o de mi retorcido Ricardo el Jorobado. El animal que permanece agazapado es siempre más seductor que el que salta.

Me doy perfecta cuenta de que todo lo que acabo de decir lo he dicho en pasado.

Ah, la escena, la escena; la echaré de menos, lo sé. Debo decir que todos esos viejos dichos que hablan de la camaradería del teatro son ciertos. Hijos de la noche, nos hacemos compañía los unos a los otros contra la oscuridad que se acerca, jugamos a ser adultos. Mis compañeros no me parecen particularmente adorables, pero he de formar parte de un reparto. A los actores nos gusta quejarnos de las épocas de vacas flacas, las épocas en que hacíamos giras

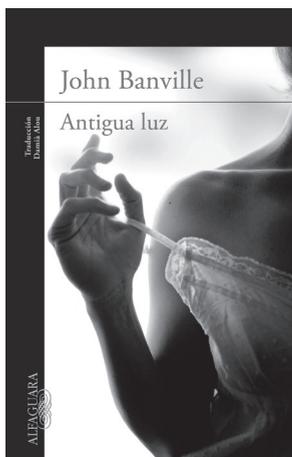
por provincias, los escenarios destartalados y las giras por la costa canceladas por la lluvia, pero lo que secretamente amamos es la sordidez de ese mundo. Cuando vuelvo la vista atrás y contemplo mi carrera, que ahora parece haber terminado, lo que recuerdo con más cariño es la atmósfera abarrotada y acogedora de algún local de mala muerte no se sabe dónde, cerrado a cal y canto a la terrosa oscuridad de una noche de otoño, y el olor a colilla y abrigos húmedos; en nuestra caja de luz los intérpretes tartamudeamos y declamamos, reímos y lloramos, mientras en la tenue tiniebla que hay ante nosotros, una imprecisa masa de ojos presta una devota atención a las palabras que bramamos, se queda boquiabierta ante cada uno de nuestros ampulosos gestos. En esta remota región, cuando éramos niños, solíamos decir de los chulos de la escuela que *eran unos comediantes*; es lo que siempre he hecho yo: me he ganado la vida siendo un comediante; de hecho, ha sido mi vida. No es la realidad, lo sé, pero para mí era lo más parecido, y a veces lo *único*, más real que lo real. Cuando abandoné ese mundo lleno de gente solo me tenía a mí para no acabar hundido en la desdicha. Y ahí es donde acabé.

Actuar fue inevitable. Desde mi más tierna infancia, tuve siempre la sensación de ser observado. Incluso cuando estaba solo me comportaba con encubierta circunspección, manteniendo una fachada, representando un papel. Este es el orgullo del actor, imaginar que el mundo posee un solo y ávido ojo fijo exclusiva y perpetuamente en él. Y él, naturalmente, actúa, cree que es la única sombra real y sustancial en un mundo de sombras. Tengo un recuerdo que jamás me abandona —aunque *recuerdo* no sea la palabra, se trata de algo demasiado vívido para considerarlo un recuerdo auténtico—: soy un muchacho, es una mañana de finales de primavera y estoy en el camino que pasa junto a mi casa. El día es húmedo y fresco como una ramita pelada. Una luz irrealmente clara se posa sobre todas las cosas, e incluso en los árboles más altos distingo

una hoja de otra. Una telaraña salpicada de rocío destaca en un arbusto. Por el camino se acerca renqueando una anciana, el tronco casi doblado, camina oscilando el cuerpo de manera lenta y dolorosa alrededor del pivote de una cadera lesionada. La observo acercarse. La pobre Peg es inofensiva, la he visto a menudo por el pueblo. A cada paso me lanza una aguda y especulativa mirada de soslayo. Lleva un chal y un viejo sombrero de paja y un par de botas de goma recortadas de manera irregular en los tobillos. Del brazo le cuelga un cesto. Cuando llega a mi altura se detiene y me lanza una mirada penetrante y maliciosa, saca la lengua y murmura algo que no entiendo. Me muestra el cesto, que contiene setas que ha cogido en el bosque, a lo mejor quiere vendérmelas. Sus ojos son de un azul desleído y casi transparente, como ahora los míos. Espera que yo diga algo, jadeando un poco, y al ver que yo no le contesto, que no le ofrezco nada, suspira y niega con su vieja cabeza y sigue andando con paso renqueante, doloroso, manteniéndose junto al borde del sendero, cubierto de hierbas. ¿Qué ocurrió en aquel momento que me afectó tanto? ¿Fue aquella luz tenue que se esparcía sobre todas las cosas, la euforia de la primavera que me rodeaba? ¿Fue aquella mujer, prácticamente una mendiga, su presencia impenetrable? Algo surgía a veces en mi interior, una alegría sin objeto. Miles de voces pugnaban dentro de mí por expresarse. Me veía como una multitud. Yo pronunciaba aquellas voces; aquel sería mi trabajo, ser ellas, ser los que no tienen voz. Así es como nació el actor. Y murió cuatro décadas más tarde, se quedó cadáver en mitad del último acto y salió de escena tambaleándose, sudando, lleno de oprobio, cuando la acción llegaba a su clímax.

Sobre el autor

John Banville nació en Wexford, Irlanda, en 1945. Ha trabajado como editor de *The Irish Times* y es habitual colaborador de *The New York Review of Books*. Con *El libro de las pruebas* (Alfaguara, 2014) fue finalista del Premio Booker, que obtuvo en 2005 con *El mar*, consagrada además por el Irish Book Award como mejor novela del año. Entre su obra destacan también *El intocable*, *Los infinitos* y la *Trilogía Cleave*, ciclo de novelas que incluye *Eclipse*, *Imposturas* y *Antigua luz* (Alfaguara, 2012), uno de los mejores libros del año según la crítica. Bajo el seudónimo de Benjamin Black ha publicado en Alfaguara, con gran éxito de público y de crítica, *El lémur* (2009), la serie de novela negra protagonizada por el doctor Quirke, adaptada a la televisión por la BBC británica, con guion de Andrew Davies y Gabriel Byrne en el papel de Quirke —*El secreto de Christine* (2007), *El otro nombre de Laura* (2008), *En busca de April* (2011), *Muerte en verano* (2012), *Venganza* (2013) y *Órdenes sagradas* (de próxima publicación en Alfaguara)—, y *La rubia de ojos negros*, en la que, por invitación de los herederos de Raymond Chandler, resucita al mítico detective Philip Marlowe. En 2011 recibió el prestigioso Premio Franz Kafka, considerado por muchos como la antesala del Premio Nobel, y en 2013 fue galardonado con el Premio Austriaco de Literatura Europea, y, en España, con el Premio Leteo y el Premio Liber. En 2014 le fue otorgado el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, por «su inteligente, honda y original creación novelesca» y por «su otro yo, Benjamin Black, autor de turbadoras y críticas novelas policíacas».



JOHN BANVILLE
Antigua Luz

Uno de los mejores libros de
2012 según la crítica, por el Premio
Príncipe de Asturias de las Letras

«Billy Gray era mi mejor amigo y me enamoré de su madre. Puede que amor sea una palabra demasiado fuerte, pero no conozco ninguna más suave que pueda aplicarse.» Así comienza esta deslumbrante novela de John Banville, la última y conmovedora entrega de la *Trilogía Cleave*, iniciada con *Eclipse* e *Imposturas*.

Alexander Cleave es un viejo actor de teatro que recuerda su fugaz e intenso primer amor. Un rodaje cinematográfico le llevará a intimar con una joven y popular actriz cuya vida se ha asomado al abismo y al inesperado hallazgo de respuestas acerca del destino final de las mujeres que marcaron a fuego su vida.

«A las palabras, John Banville, autor insólito, sugerente, les saca brillo.»
JESÚS RUIZ MANTILLA, *El País*

«La grandeza de Banville reside en su prosa límpida, armada frase a frase con maneras de orfebre... *Antigua luz* es un nabokoviano juego de espejos deformantes, tramposos reflejos y falibles recuerdos, exquisita muestra de introspección y de memoria inventada.»
JAVIER APARICIO MAYDEU, *Babelia*

«Una narración bellísima y muy erótica, hasta el punto que parece que el autor hace el amor con las palabras.»
CARMEN SIGÜENZA, Agencia EFE